

2. LOS RESULTADOS DE LA CAÍDA

TAN PRONTO COMO COMENZAMOS A HABLAR SOBRE EL PECADO nos encontramos con un problema. El tema del pecado no nos atrae y además deseamos vernos a nosotros mismos bajo una perspectiva mejor que la que nos presenta la Biblia. Como resultado, inmediatamente buscamos excusarnos a nosotros mismos y a nuestra conducta. En un nivel personal, cuando somos criticados por hacer algo, instintivamente presentamos una defensa, incluso cuando estamos evidentemente equivocados. Decimos: "Tú no tienes ningún derecho a decir tal cosa", o bien, "No fue culpa mía". Posiblemente, hasta haya muchas personas que nunca reconocerán que están equivocadas sobre nada en absoluto.

Antes de proseguir, debemos detenernos y enfrentar esta tendencia inherente a nuestra naturaleza. Debemos vencerla si hemos de conocernos a nosotros mismos y a Dios. Sin un conocimiento de nuestra infidelidad y rebelión, nunca podremos llegar a conocer a Dios como el Dios de la verdad y la gracia. Sin un conocimiento de nuestra arrogancia, nunca podremos llegar a conocer a Dios en su grandeza. Ni tampoco nos llegaremos a él para que nos provea con la medicina que necesitamos. Cuando estamos enfermos físicamente y sabemos que estamos enfermos, consultamos un médico y seguimos sus prescripciones para curarnos. Sin embargo, cuando no sabemos que estamos enfermos, no buscamos esa ayuda y la enfermedad nos puede conducir hasta la muerte. Lo mismo sucede en el campo espiritual. Mientras pensemos que estamos bien, nunca podremos aceptar la curación divina; creemos que no la necesitamos. Por el contrario, si por la gracia de Dios, tomamos conciencia de nuestra enfermedad -en realidad, se trata de algo mucho más serio que una enfermedad, se trata de la muerte espiritual en lo que concierne a nuestra respuesta significativa a Dios-, entonces hemos sentado la base para un entendimiento de lo que la obra de Dios significa para nosotros, y podemos aceptarlo como nuestro Salvador y ser transformados por él.

El grado y el alcance del pecado

Cuando hacemos frente a esta tendencia de la naturaleza humana e intentamos comprender el pecado, debemos ponernos en guardia contra dos tipos de argumento. Estos argumentos están relacionados con el grado y el alcance del pecado. Es decir, ¿qué tan malo es el pecado, en realidad? Y, ¿a quién o a quiénes afecta? Con frecuencia oímos decir -y es posible que a veces lo hayamos dicho nosotros mismos que, si bien algo no está del todo bien, la naturaleza humana no puede ser tan mala como se la describe en la Biblia. Después de todo, se nos dice, los escritores bíblicos eran profetas melancólicos que estaban viviendo una época muy amarga; naturalmente, eran pesimistas. Su mundo estaba lleno de guerras, hambrunas, enfermedad y diversos tipos de penurias económicas. Pero ahora no estamos en el año 2000 a.C. Falta muy poco para el año 2000 d.C. Tenemos motivos de sobra para ser más optimistas. No somos perfectos; eso lo podemos reconocer. Pero, ¿acaso nuestras imperfecciones no son sólo eso, imperfecciones, que deberían ser consideradas simplemente como fallas, defectos o pecadillos de nuestra raza?

Una respuesta posible es que, si la naturaleza humana solamente tiene estas pequeñas fallas, como plantea este argumento, entonces, estas fallas ya deberían haber sido corregidas a esta altura. Una respuesta más seria es que este concepto de "pequeñas fallas" no concuerda con la realidad. La Biblia señala que nuestro estado es desesperado, y esto cualquiera lo puede constatar. En la perspectiva bíblica, el pecado está estrechamente ligado con la muerte, y la muerte es el enemigo mayor y el vencedor inevitable sobre todo. Si tenemos el presentimiento que la inmortalidad es el destino que nos corresponde por derecho, debemos escaparle a la muerte. Pero, todavía más, aparte de esta consideración, la tragedia de la existencia humana es a todas luces visible para cualquiera que contemple el aumento de las hambrunas, el sufrimiento, el odio, el egoísmo y la indiferencia que imperan en nuestro planeta. La fe cristiana no permanece insensible a estas tragedias, si bien algunos cristianos parecen ser insensibles. Cuando el cristianismo pone el acento sobre cómo el pecado permeabiliza todos los aspectos de nuestro ser, lo que está haciendo es evaluando realísticamente la situación.

La singularidad de la posición bíblica resulta evidente cuando observamos que durante la larga historia de la raza solamente ha habido tres concepciones básicas sobre la naturaleza humana. Estas pueden ser resumidas en la postura que entiende que el hombre está bien, que el hombre está enfermo y que el hombre está muerto. (Por supuesto que existen diversos matices en las primeras dos concepciones. Los optimistas concuerdan en decir que el hombre está bien, si bien algunos pueden admitir que posiblemente no esté tan bien como podría estar. Los observadores más realistas difieren con respecto a la gravedad de la enfermedad del hombre: aguda, grave, crítica, o fatal.)

Los que sostienen la primer postura, que el hombre está bien, concuerdan que todo lo que el hombre necesita, si es que en realidad necesita algo, es un poco de ejercicio, algunas vitaminas, revisiones médicas anuales, y algunas otras pequeñas cosas más. "Estoy muy bien, Juan" es lo que pregonan los optimistas. Los que sostienen la segunda postura concuerdan sobre la enfermedad del hombre. Algunos hasta llegarán a decir que padecen una enfermedad fatal pero que sin embargo su situación no es desesperada; si es sometido a los tratamientos adecuados, a las drogas prescritas, a los milagros de la medicina espiritual moderna y a la voluntad de vivir, ¿quién es capaz de afirmar lo que ha de ocurrir? Lo que debe hacerse es trabajar con ahínco para sanar nuestras enfermedades. Después de todo, se nos dice, si todavía no se ha encontrado la cura para algunas enfermedades, no todas son incurables, y los problemas que todavía no han sido superados podrían ser resueltos en un futuro cercano. La situación puede ser grave, pero —en fin, "mientras hay vida, hay esperanza". No es necesario llamar a la empresa funeraria.

La postura bíblica es que el hombre no está simplemente enfermo. En realidad, ya está muerto -en lo que respecta a su relación con Dios-. Los hombres están "muertos en (sus) delitos y pecados" (Ef. 2:1), como lo advirtió Dios que estaría cuando Dios mismo predijo las consecuencias del pecado antes de la Caída. "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17).

La muerte del espíritu, el alma y el cuerpo

¿Cuál es el grado de nuestro pecado? Al considerar esta pregunta sería de mucha ayuda recordar la naturaleza tripartita de nuestro ser, como vimos en el Tomo Uno.¹ Allí señalé que cuando la Biblia nos dice que hemos sido creados a imagen de Dios, lo que quiere significar es que hemos sido creados como una trinidad, de manera análoga a como Dios es una Trinidad. Dios existe en tres personas: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Sin embargo, Dios es Uno. De la misma forma, cada uno de nosotros somos una trinidad, creados como un cuerpo, un alma y un espíritu. Sin embargo, cada uno somos también una sola cosa.

El ser humano creado por Dios era perfecto con respecto a su espíritu, su alma y su cuerpo, era el punto más elevado de toda la creación. Pero la Caída afectó cada una de las partes de su magnífica naturaleza tripartita. Para ser más específicos, su espíritu murió, porque se interrumpió la comunión con Dios; su alma comenzó a morir, porque comenzó a mentir, a engañar y a matar; y su cuerpo finalmente ha de morir, porque, como Dios dijo: "...pues polvo eres, y al polvo volverás" (Gn. 3:19).

En el campo del espíritu, las consecuencias del pecado de Adán fueron instantáneas y totales. Cuando el espíritu murió, la comunicación con Dios se interrumpió. Esto lo comprobamos con Adán que huyó de la presencia de Dios cuando Dios vino a buscarlo en el huerto. En un lenguaje contemporáneo esto se describe como *alienación*, alienación de Dios, y es el primer resultado de la muerte espiritual que nos sobrevino como consecuencia del pecado. John Stott la designa como "la más espantosa de todas las consecuencias del pecado". "El destino más elevado para el hombre es conocer a Dios y tener una relación personal con Dios. El derecho principal para reclamar este rango tan noble es que fue hecho a imagen de Dios y por lo tanto tiene la posibilidad de conocerle. Pero este Dios, cuyo propósito inicial fue que le conociéramos, y a quien deberíamos conocer, es un Ser moral", y nosotros somos pecadores. En consecuencia, "nuestros pecados no nos permiten ver la cara de Dios, tan efectivamente como las nubes no permiten atravesar los rayos del sol... No tenemos ningún tipo de comunicación con Dios. Estamos 'muertos en (los) delitos y pecados' (Ef. 2:1) que hemos cometido".²

Los resultados de esta alienación de Dios son totales. Nos ha sumergido en un estado del cual no es posible encontrar el camino de regreso a Dios si no contamos con la ayuda del Espíritu Santo. Este es el significado de Romanos 3:10-12. El apóstol Pablo escribe en ese pasaje: "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles".

Es importante comprender que cada uno de los tres términos principales empleados en Romanos 3:10-12 -la justicia, el entendimiento y la búsqueda están definidos con respecto a nuestra relación con Dios. Si no lo comprendiésemos así, estaríamos distorsionando las enseñanzas de las Escrituras y afirmando algo que no es verdad. Por ejemplo, si no definimos la justicia con respecto a Dios y a su justicia, acabaremos por concluir que no existe nada bueno en nosotros. Pero esto no ocurre cuando consideramos el tema desde un punto de vista humano. No todas las personas son tan malas como lo podrían ser, y aun los peores entre nosotros tienen lo que podríamos llamar una chispa de bondad. En oportunidades, hasta "los ladrones tienen honor". Pero el

pasaje de Romanos no se está refiriendo a esto. Está hablando sobre la justicia como Dios entiende la justicia. Y a partir de esta perspectiva es cierto que "no hay justo, ni aun uno". La muerte del espíritu ha afectado nuestra naturaleza moral profunda y permanentemente.

El pecado también ha afectado nuestro intelecto. Nuevamente, no debemos cometer el error de explicar la expresión "no hay quien entienda" según parámetros humanos, aunque también según ese enfoque las consecuencias del pecado son graves. Los seres humanos tienen mucho entendimiento sobre muchas áreas, y algunos hasta han sobresalido en algunas áreas. Tenemos filósofos, científicos y estadistas. Las palabras de Pablo no niegan este hecho. Lo que están negando es que podamos alcanzar un entendimiento sobre las cosas espirituales sin la participación del Espíritu de Dios, que es el único que puede proveer dicho entendimiento. Esto está claramente expresado en la Corintios cuando el apóstol nos dice: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14).

La tercer área afectada por la muerte del espíritu es nuestra voluntad, como lo analizaremos en mayor detalle en el capítulo siguiente. Se hace referencia a esta área en la expresión "no hay quien busque a Dios". Lo que esto significa no es simplemente que somos incapaces de llegarnos a Dios por causa de nuestro pecado y de su justicia, y que somos incapaces de entenderlo porque sus caminos sólo son discernibles con la ayuda del Espíritu de Dios, sino que, además de eso, ni siquiera deseamos acercarnos a Dios. Nuevamente debemos afirmar que casi todas las mujeres y los hombres están buscando un "dios", un dios construido por ellos mismos que ellos creen que podrá llenar el vacío de sus vidas. Pero lo que no hacen es buscar al verdadero Dios, el Dios que se nos revela a sí mismo en las Escrituras en la persona de Cristo. Jesús dijo: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44).

En la medicina existe una condición conocida como *myasthenia gravis* en la que los músculos del cuerpo no pueden responder a las señales enviadas desde el cerebro. En un paciente normal, el cerebro envía órdenes a los músculos para que se contraigan, por medio de impulsos eléctricos a través de los nervios que llegan a dichos músculos; estos impulsos eléctricos son recibidos en los músculos en unos aparatos especiales llamados placas motoras terminales. Las placas motoras terminales reciben las señales y las transmiten a lo largo del músculo. Estas placas motoras terminales están ausentes en las personas que padecen *myasthenia gravis*. Como consecuencia, aunque el cerebro envía las señales correspondientes, estas señales nunca son recibidas por los músculos. Y como los músculos no reciben las señales, no pueden responder y con el tiempo se desintegran.

Esto es una analogía de lo que sucedió en la personalidad humana como resultado de la muerte del espíritu. En el sistema humano, el espíritu debía desempeñar el papel de una placa motora terminal. La función del espíritu era la de recibir las señales enviadas por Dios. Cuando el hombre pecó, sin embargo, la placa motora terminal murió. Como resultado, si bien las señales todavía están siendo enviadas, si bien Dios todavía nos está hablando, las señales no pueden ser recibidas y nuestra vida espiritual se marchita.

Esta ilustración de la *myasthenia gravis* también nos está sugiriendo una segunda consecuencia de la Caída, ya que afecta al individuo. Cuando el músculo no puede recibir las señales enviadas desde el cerebro, esto implica algo más además que el hecho de que el músculo deja de responder a las órdenes cerebrales. El músculo mismo sufre las consecuencias, ya que en su estado inactivo se desintegra y muere. La muerte del espíritu también afecta al alma, y el resultado es que los hombres y las mujeres se vuelven depravados también en esta área.

Podemos apreciar esto en el caso de Adán y Eva. Después de la Caída y de que Dios se apareciera en el huerto, se nos dice que el hombre y la mujer se escondieron, tratando de evitar el encuentro. Es un claro ejemplo de su alienación de Dios, el primer efecto visible de su pecado. Pero Dios los llamó y los comenzó a interrogar sobre lo que habían hecho. "Adán", le preguntó Dios, "¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?" (Gn. 3:9,11).

Y Adán respondió: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí" (vs. 12).

Superficialmente la respuesta de Adán es simplemente una afirmación, y además parece ser cierta. Fue la mujer quien lo convidó con el fruto. Esta mujer le había sido dada por Dios. Pero esto no es todo lo que significa la respuesta del hombre caído. Adán está intentando evitar que la culpa caiga sobre él, donde debería recaer, y está culpando a otra persona. Evidentemente, está intentando culpar a la mujer -no está mostrando mucha caballerosidad de su parte, sin tomar en consideración ni siquiera la virtud de la honestidad-. Pero, además está

intentando culpar a Dios. Lo que está diciendo en realidad es que la Caída no habría tenido lugar si Dios no se hubiera equivocado tanto en su juicio como para haberle provisto de Eva.

Eva, de manera similar, también intenta evitar que la culpa caiga sobre ella. Cuando Dios le pregunta: "¿Qué es lo que has hecho?", la mujer le contesta: "La serpiente me engañó, y comí" (Gn. 3:13).

Lo que debería llamarnos la atención es que el buscar culpar a otro es típico de la naturaleza pecaminosa y sirve para ilustrar lo que ocurre una vez que se quiebra el vínculo con Dios. Dios es la fuente de todo bien (Stg. 1:17). Cuando el vínculo con Dios se quiebra, descienden sobre la raza la irresponsabilidad, la cobardía, la mentira, la envidia, el odio y un sinfín de otros males. Para describir esta situación con una terminología contemporánea, como lo hicimos cuando hablamos de alienación, diríamos que estamos frente a un caso de *decadencia* moral y psicológica.

Pero falta todavía más. Esta desintegración personal produce complicaciones sociales. Es así como otro resultado de la Caída es el *conflicto*. ¿Podemos decir que la relación entre Adán y Eva fue tan armoniosa como había sido hasta ese momento después que Adán intentó culpar a su mujer por la Caída? Por supuesto que no. Ese fue el comienzo de los conflictos matrimoniales. De manera similar, el deseo de culpar a los demás, la búsqueda del interés propio, y el progreso individualista, generan conflictos entre los individuos, las razas, los estratos sociales, las instituciones y las naciones.

Por último, la muerte del espíritu y del alma, con sus consecuencias tan lamentables, están acompañadas por la muerte del cuerpo también. Cuando Adán pecó, el espíritu murió en ese mismo instante, y como resultado, todos los hombres y mujeres que nacieron con posterioridad a ese momento nacen con lo que podríamos llamar espíritus muertos. El alma comenzó a morir desde ese instante. En esa área, podemos decir que el contagio se está extendiendo, y como resultado somos cada vez más cautivos del pecado. La parte restante de la naturaleza humana, el cuerpo, es la última en morir. La muerte es universal. Pablo hizo mención a este hecho para mostrar el alcance que tiene el pecado: "Así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Ro. 5:12).

El pecado original

Tan triste como abrumador que puede resultar este hecho, la muerte del individuo es solamente la mitad del problema del pecado. Además del grado del pecado debemos considerar su alcance. ¿Sólo alcanza a Adán y Eva, y a los que como ellos eligen la rebelión? ¿O acaso alcanza a todos? Podríamos creer que la universalidad de la miseria humana sería razón suficiente para responder con claridad a esta pregunta. Sin embargo, los que rechazan la concepción bíblica sobre la naturaleza del pecado ("No es tan grave como lo describe la Biblia") podrían rechazar este argumento. Podrían argumentar que la corrupción debida al pecado no es verdad para la universalidad de la raza; y además, si todas las personas han sido afectadas por el pecado, esto es debido a circunstancias externas y no a que haya algo intrínseca y universalmente malo en su interior. El intento moderno es ubicar al pecado en la injusticia de las estructuras sociales.

La pregunta queda, entonces, planteada en estos términos: ¿El pecado afecta a todos los seres humanos en el sentido que están inevitablemente involucrados por la trasgresión de Adán y Eva? La respuesta bíblica es clara. Pablo escribe que "por la trasgresión de aquel uno murieron los muchos" (Ro. 5:15); "por la trasgresión de uno solo reinó la muerte" (vs. 17); "por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres" (vs. 18); "por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (vs. 19); "...en Adán todos mueren" (1 Co. 15:22); "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:23).

Una lectura detenida de estos pasajes de los cuales hemos tomado estos versículos, sin embargo, nos demuestra que están haciendo referencia a algo más que la universalidad del pecado humano. Que todas las personas pecan podría ser afirmado por cualquier escritor secular honesto. Lo que un escritor secular posiblemente no diga, sin embargo, si bien está dicho con toda claridad en la Biblia, es que existe una conexión necesaria entre todas las ocurrencias individuales del pecado. En otras palabras, el asunto no gira en torno al hecho que todas las personas pecan y por lo tanto son pecadores, si bien esto es cierto. El asunto es que todos pecan porque son pecadores. El pecado original de Adán y la culpa por el pecado de algún modo u otro ha pasado a toda la raza humana. La concepción bíblica es que Dios encuentra culpable a toda la raza debido a la trasgresión de Adán.

¿Hay algo que la persona natural encuentre más difícil de aceptar que esta doctrina? ¿Ser culpable por imputación? Es difícil imaginarse algo que resulte más ofensivo a las ideas de justicia humana y juego limpio. Por esto es que se ha arremetido en varias oportunidades contra esta doctrina en un lenguaje particularmente abusivo. Se cree que esta doctrina no es digna de Dios, es escandalosa, repulsiva, razón valedera para despreciar por siempre a un Dios que opera de esa manera. Algunos creen que se trata de una doctrina tan injusta que no tiene defensa posible. ¿Pero es esto así? Antes de rechazar de plano la doctrina del "pecado original", sería conveniente analizar si no podría representar en realidad la verdadera situación.

La verdad o falsedad de la doctrina del pecado original puede establecerse con la respuesta a la siguiente pregunta, muy sencilla: ¿De dónde proviene el pecado si no es de donde la Biblia nos dice que proviene? Las consecuencias del pecado las vemos en las diversas formas que asume la miseria humana y, en último término, en la muerte. Podemos estar de acuerdo en que en muchos casos esta miseria es el resultado directo de nuestros propios pecados y fracasos. El fumador empedernido en realidad no tiene a nadie a quien culpar por su cáncer al pulmón excepto a sí mismo. El glotón que no come con moderación es el único culpable por la condición débil de su corazón. Pero no se trata sólo del fumador empedernido que desarrolla un cáncer ni del glotón que tiene un corazón débil. También son afectados aquellos que no hacen nada para que tales consecuencias recaigan sobre sí mismos. Los niños, y aun los bebés, sufren. ¿Cómo es posible explicar los defectos de nacimiento, los cólicos, los cánceres en los recién nacidos y otras formas de sufrimiento que padecen los inocentes, si no es según las enseñanzas bíblicas?

En lo que a mí respecta, en el transcurso de toda la historia de las ideas solamente ha habido otras dos respuestas. Una de ellas en realidad ni siquiera es una respuesta, y la otra es inadecuada. La primera respuesta afirma que la maldad es eterna. Es decir, que la maldad ha existido desde el principio, de la misma manera que el bien ha existido desde el principio; por lo tanto, la vida se caracteriza por esta mezcla. Pero el afirmar simplemente que el pecado o la maldad siempre han existido no constituye en realidad una respuesta. Además, como explicación de la realidad ha probado infinidad de veces de ser insatisfactoria porque, cualquiera sea la posición filosófica de una persona, él o ella acabarán inevitablemente por tomar partido por uno u otro lado, por lo general del lado que explica la maldad como una derivación o una corrupción del bien. Pero, no se está explicando la universalidad del pecado.

La otra explicación se la conoce popularmente como la reencarnación, la trashumación o la metempsicosis de las almas. Es la idea que supone que cada uno de nosotros ha tenido una existencia previa y, posiblemente, una existencia anterior a esa y otra con anterioridad, y así sucesivamente. La maldad que heredamos en esta vida se supone que nos viene debido a lo que hemos hecho en encarnaciones anteriores. En defensa de esta perspectiva deberíamos decir que al menos es un intento serio de explicar nuestro estado actual sobre la base de acciones individuales específicas. Por consiguiente intenta satisfacer la idea básica de justicia que todos compartimos, o sea, que cada uno debe sufrir por sus propios pecados y no por los pecados de los demás. Pero como explicación final es claramente insatisfactoria. Porque inmediatamente deseamos preguntarnos: ¿Cómo fue que los individuos hicieron maldades en su existencia anterior? La respuesta provista por la reencarnación lo único que hace es ubicar la pregunta más atrás en el tiempo sin resolver la dificultad.

¿Qué otra respuesta existe? Ninguna, con excepción de la respuesta bíblica la universalidad del pecado es el resultado del juicio de Dios sobre la raza, como consecuencia de la trasgresión de Adán. Adán era el representante de la raza. Nos representaba delante de Dios por lo que, como nos dice Pablo, cuando cayó nosotros caímos con él y fuimos atrapados inevitablemente en los resultados de su rebelión.

Una condena y una justificación representativa

Es todavía posible concebir que una persona pueda seguir el argumento cristiano hasta este punto, y estar de acuerdo en que la doctrina sobre el pecado original es la única explicación posible acerca de la universalidad del pecado, tal como la conocemos. Pero él o ella todavía podrían estar enojados contra un Dios que actúa tan injustamente. ¿Tienen razón estos objetores? ¿Aun si el panorama que pinta la Biblia fuera cierto, no deberíamos odiar a Dios quien es tan arbitrario como para juzgar a todos los hombres por la trasgresión de un hombre?

En realidad, el hecho de que Adán haya sido representativo de la raza es una prueba de la gracia de Dios.

En primer lugar, fue un ejemplo de su gracia hacia Adán. Porque no hay nadie que pudiera haber sido mejor calculado para crear un sentido tan elevado de responsabilidad y obediencia en Adán como el saber que lo que

él hiciera con respecto a los mandamientos de Dios afectaría a incontables miles de millones de sus descendientes. Podemos apreciar esto incluso en el campo más limitado de la familia humana. Porque, ¿dónde hay un padre, o una madre, que no hayan sido influenciados para bien con el pensamiento que lo que hagan afectará a su descendencia para bien o para mal? Los padres que se inclinan a la bebida es posible que no consuman tanto si saben que sus hijos sufrirán por su alcoholismo. Los padres que tienen oportunidad de robar, es posible que no roben cuando piensen que si fueran, descubiertos lastimarían irremediablemente a su familia. Del mismo modo, el conocimiento de los efectos de su pecado sobre el resto de la raza humana debe haber actuado como un freno sobre Adán. Debería haber sido un poderoso incentivo para el bien. Si Adán cayó, fue a pesar de la gracia que Dios manifestó hacia él y no como una reacción frente a un decreto absolutamente arbitrario, que hasta podría ser justificado.

Pero todavía mas importante, la naturaleza del pecado de Adán es representativa porque nos provee de un ejemplo de la gracia de Dios hacia nosotros, porque sobre la base de esa representación Dios tiene la posibilidad de salvarnos. Pablo dice: "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro. 5:19). Si el lector, o yo, o cualquier ser humano fuésemos como los ángeles, que no tienen familia ni relaciones representativas, y si fuésemos juzgados como fueron juzgados los ángeles cuando cayeron –inmediatamente, individualmente, y por su propio pecado (que es como la mayoría de los hombres y las mujeres creen que les gustaría ser juzgados)- no habría esperanza de salvación, del mismo modo que los ángeles caídos no la tienen. Pero como somos seres que vivimos relacionados y como Dios ha elegido tratarnos de ese modo, tanto con respecto a Adán y a su pecado como con respecto a Jesús y su justificación, es que es posible la salvación. Porque en Jesús los que somos pecadores somos hechos justos. Nosotros que estamos "muertos en los delitos y pecados" podemos ser resucitados espiritualmente.

Las bendiciones de la salvación provienen no de luchar contra los designios de Dios o de odiarlo por lo que consideramos una injusticia, sino cuando aceptamos su veredicto sobre nuestra verdadera naturaleza como seres caídos y con fe nos volvemos a Cristo buscando nuestra salvación.

Notas

1. Ver pp. 153-155
2. Jhon R. W. Stott., *Basic Christianity* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1958), pp.72, 75.